

Miguel Hernández:



Un año de

guerrilla en Galicia

Bajo el título «Un año de guerrillas en Galicia», Miguel Hernández publicó en la revista «Pasaremos» (números 76 y 78) dos entregas de lo que parece ser una crónica en folletón sobre el tema. Entregas dadas a conocer en marzo y abril de 1938 —el mismo año en que está realizada la presente foto del poeta—, y que se reproducen por primera vez en este número de TIEMPO DE HISTORIA.

INTRODUCCION

El texto de Miguel Hernández que transcribimos a continuación se publicó, durante la Guerra Civil española, en los números 76 (12/3/1938) y 78 (6/4/1938) de la revista «Pasaremos», órgano oficial de la 11 División-Líster.

Juan Cano Ballesta y Robert Marrast han señalado ya en «Miguel Hernández. Poesía y prosa de guerra y otros textos olvidados»

(Madrid, Ayuso, 1977, p. 44) la presencia de dos poemas del poeta de Orihuela en las páginas de esta publicación: Sanguinario Mussolini (posteriormente Ceniciento Mussolini) y Canción de la ametralladora. Añadimos ahora una nueva prosa a la obra de guerra hernandiana gracias a la generosa amabilidad del general Líster, que no sólo nos ha permitido consultar su colección personal de PASAREMOS —desgraciadamente incompleta—, sino que ha tenido a bien regalarnos su irremplazable

La División Lister se caracterizó por unas estructuras de organización y modalidades de combate que no desentonarían en un sistema de guerrillas. Y a Lister —al que aquí vemos en compañía del comandante Carlos— se dirige Domingo Mateo, el héroe de Miguel Hernández, para recabar una ayuda que no puede esperar por conducto oficial.



testimonio. Quede aquí mismo constancia de nuestro agradecimiento.

«Un año de guerrillas en España» parece ser una crónica en folletón del que únicamente conocemos, por ahora, estas dos entregas. Aunque hay lagunas en la colección de «Pasaremos» que hemos consultado, desde el número 78 en que aparece el 2.º y último episodio del malogrado folletón hasta el número 104 con que termina la revista, no falta más que un número: el 102, que corresponde a la quincena de enero de 1939. Y es fácil que el número 104, fechado en el Frente del Este el 25 de enero de 1939, sea efectivamente el último. El 26 de enero el Ejército nacionalista ocupa Barcelona y la 11 División comienza el repliegue hacia Francia. Como mucho, pues, cabría una tercera entrega en este número 102.

No hay que descartar, claro está, la posibilidad de que el poeta haya entregado este mismo folletón a otros periódicos. Es lo corriente en sus escritos de guerra, y el considerable lapso de tiempo (tres meses) transcurrido entre la redacción del primer episodio y su publicación, nos inclinaría a ello. Sin embargo, la característica urgencia de los escritos de guerra y el hecho de

que nuestro autor disponga en todo momento de las páginas de un casi semanario no debe hacernos olvidar el imperativo primordial de toda publicación en circunstancias bélicas: su oportunidad político-militar. (Tampoco hay que descartar la necesidad para el cronista de tener que esperar a reunir material suficiente para poder asegurar un mínimo de periodicidad en la publicación). Lo que sí parece fuera de duda es que este escrito de Miguel Hernández vio la luz con mayor pertinencia política en marzo del 38 que en diciembre del 37.

Para nadie es un secreto que, en el campo republicano, las relaciones entre el Ejército Regular y las Milicias distaban mucho de ser cordiales. El militar profesional no disimulaba siempre el escaso aprecio en que tenía al «aficionado». El consabido orgullo de casta es una explicación digna de tenerse en cuenta y no es difícil imaginar la reacción de un oficial de Academia al enterarse, por ejemplo, de que una batalla tan espectacular como la de Guadalajara había sido ganada para la República gracias al genio militar de un albañil y de un cantero.

Pero no son razones de orden psicológico sino político las que motivan el Decreto del

16 de febrero de 1937 por el que se limita la jerarquía de los elementos civiles del Ejército Popular al grado de mayor. La perspectiva de un ejército dirigido por defensores de la causa proletaria no les hace excesiva gracia a los dirigentes políticos de la burguesía republicana. El 4 de enero de 1938 hay que modificar en Consejo de Ministros este decreto por otro que levante la indicada limitación para que el propio Lister pueda ascender de comandante a teniente coronel y poder pasar así del mando de una división al de un cuerpo de ejército. (Hasta marzo de 1939 no es ascendido Modesto a general pero «sin mando efectivo de fuerzas»).

Si esta era la actitud de los mandos político-militares para con los paisanos combatientes, fácil es deducir que los guerrilleros no debían hacerse muchas ilusiones respecto a la ayuda que podían esperar por vías oficiales. Ciertamente es que cuando Negrín toma posesión del Ministerio de Defensa (el 5 de abril de 1938, esto es, la víspera de la publicación del 2.º episodio de «Un año de guerrillas en Galicia») se autorizó incluso la constitución del XIV Cuerpo de Guerrilleros, pero en nada ayudaba esto a las guerrillas de León, Galicia, Zamora, Andalucía y Extremadura, es decir, a las guerrillas que operaban dentro de la zona nacionalista. Las fuerzas de este XIV Cuerpo actuaban únicamente desde bases

republicanas contra la retaguardia de los ejércitos franquistas.

Domingo Mateo, el héroe de Miguel Hernández, se dirige a Lister para recabar una ayuda que no puede esperar por conducto oficial. En la 11 División no sólo encuentra el guerrillero gallego la comprensión política de los numerosos paisanos que la integran (vid. nota 1 al texto), sino también la militar porque la División Lister se caracteriza por unas estructuras de organización y modalidades de combate que no desentonarían en un sistema de guerrillas. Lister ha organizado un batallón de choque, verdadero comando únicamente empleado en situaciones de apuro. En realidad es prácticamente una táctica de guerrilla en gran escala la que han empleado siempre sus unidades, aunque no sea más que por el simple hecho de haber iniciado casi todas las operaciones —desde Guadarrama al Ebro— de noche. La razón por él aducida nadie mejor que un guerrillero puede comprenderla: «El combate de noche era un poco el combate del pobre» («Nuestra guerra». París, Ediciones Ebro, 1966, p. 175).

Lister no pudo ayudar a Mateo en su particular lucha de guerrillas pero le ofreció un puesto en sus unidades de combate, que éste aceptó ■ EUTIMIO MARTIN.

Un año de guerrilla en Galicia

por Miguel Hernández



DOMINGO MATEO

Domingo Mateo se llama. Es de la provincia de Orense, distrito de Valdeorras. Me le encuentro junto a su paisano Santiago Alvarez¹. Es un hombre de cuarenta y dos años, enjuto, con esa enjutez de piedra que dan los soles y los montes de España a los cuerpos trabajadores. More-

no, con unos ojos que se encienden alegremente cuando habla, con una alegría varonil,

¹ Comisario de guerra de la 11 División. No sólo los jefes (político y militar) de esta unidad son gallegos (Santiago Alvarez es de Orense y Enrique Lister de La Coruña); todo un batallón está integrado exclusivamente por voluntarios de Galicia: «Milicias Populares Gallegas» o, más popularmente, «el Batallón Gallego».

de hombre que sabe mucho del sufrimiento y de las cosas de la vida. Habla con el acento de dulzura que da a las voces de sus pobladores la naturaleza de Galicia: con una lentitud de lluvia lenta y buena.

Al enterarme de su procedencia, de su milagrosa incorporación al campo leal, quiero saber cuanto pueda contarme de lo sucedido en su región. Hoy, 11 de diciembre, sentados en una era, quitándonos el frío en una sierra de Aragón, ante el sol de la mañana, Domingo y yo conversamos. Por la carretera vecina circulan fuerzas de nuestro Ejército, silbando, cantando, tosiendo, con los capotes y las mantas apretados sobre el rostro, y el fusil sobresale detrás de sus cabezas con escarcha y con sol.

Domingo Mateo habla con sencillez, queriendo expresar con las manos aquello que no acierta a decir con la boca de momento. Inicia el relato:

Un grupo de unos doscientos campesinos, al estallar la traición del fascismo, que ocupó Galicia casi por completo desde los primeros días, se reunió en Valdeorras y decidió pasar a Asturias, ya que se le venían encima numerosas fuerzas contrarias, a las que hubiera sido inútil ofrecer resistencia. El intento de paso a la región vecina quedó frustrado porque les cercaban² por todas partes los sublevados. El grupo de los doscientos campesinos hubo de dividirse en tres, y uno de ellos consiguió filtrarse entre las filas enemigas y llegar hasta los frentes, donde los mineros asturianos empezaban a dictar una epopeya que nadie ha escrito todavía.

Domingo Mateo, hecho responsable de su grupo de campesinos, unos armados con escopetas, otros con cuchillos y otros con nada, hizo repetidos intentos de filtración por los montes de Lugo; pero una noche, atravesando las sierras, en uno de los intentos, tropezó con tan mala suerte en la oscuridad, que rodó por un terraplén y vino a dispararse la escopeta. La bala agujereó su mano derecha. Hubo de separarse del grupo que capitaneaba hasta la curación de la herida, y por este motivo perdió el contacto con sus compañeros, que tal vez pudieron salvar las enormes dificultades que las fuerzas reaccionarias ofrecían para entrar en la leal Asturias.

Domingo curó su herida en los chozos del campo con los procedimientos y medicinas usados por los lugareños. Luego se dio a indagar el paradero de los del grupo y no pudo averiguarlo. Pronto encontró otro núcleo de luchadores, internado y esparcido por los montes de las provincias de León, Orense y Lugo. Les habló de formar una guerrilla entusiasmadamente: algunos dudaban, otros se negaban, otros dijeron de seguirle, y, finalmente, logró decidirlos a todos, armarlos buena y malamente de escopetas y cuchillos, y comenzar una lucha sorda, expuesta, penosa, la lucha de los guerrilleros, de los hombres que ganan tantas batallas y no hay quien lo sepa sino ellos; no hay quien los anime si no es su propio entusiasmo; no hay quien los alimente y les dé pólvora si no es su heroísmo solitario, rodeado por todas partes de peligros.

LA GUERRILLA Y LOS CAMPESINOS

En febrero de 1937, en una de

las últimas tentativas de pasar a la tierra asturiana, fueron sorprendidos por las nevadas en el Puerto del Faro. El afán por entrar en terreno amigo les impulsaba a trramontar las cumbres. La nieve crecía, como si quisiera devorarlos: empezó por morderles los pies, ascendía silenciosa por sus piernas. Ellos continuaban subiendo en busca de las cumbres. Llegó un momento en que la nieve amenazó sepultarlos, enterrarlos sin tierra, en su frialdad devoradora. Y los guerrilleros, ante la tremenda amenaza blanca, para no hundirse, se dejaron caer rodando a lo largo de las pendientes cuajadas hasta los valles de Fonteformosa.

Domingo me pide que haga resaltar el compañerismo de los campesinos gallegos, quienes les auxiliaron y les atendieron en todas las necesidades creadas por su condición de hombres perseguidos. Compañerismo que llegaba a poner en riesgo de muerte la vida de dichos campesinos, porque los traidores mataban a quienes amparaban a los trabajadores que no se sometían servilmente. Me habla además del espíritu religioso de aquellas criaturas, para quienes Dios es una cosa tan pura que Domingo Mateo no se atrevía a destruir³ la inocente creencia, sabedor de que es el único apoyo espiritual del pueblo esclavizado y ciego.

—El día que esos campesinos tengan ocasión de comprobar los misterios de la naturaleza, podremos discutir a Dios con ellos —comenta Domingo con su voz de lluvia despaciosa.

[Fin del primer episodio]

² «cercaban» en el texto. Creemos que se trata de una errata.

³ «distraer» en el texto. Pensamos igualmente que en la nota anterior.

[Segundo episodio]

—Esto es muy verdad, ¿eh? Cada vez que me acuerdo [se] me corta la sangre. Iba yo en busca de más guerrilleros, ya que sabía podía encontrarlos y aumentar mi cuadrilla, compuesta de quince por aquel entonces. Era de día y no podía llevar la escopeta. En el camino oí llorar, y veo un muchacho, de unos doce años, doblado sobre una piedra a lágrima viva. Cuando me acerco a él veo aparecer varios

fascistas, y me escondo. Llegaron hasta el muchacho, le preguntaron por qué lloraba. «Choro porque acaban de matar a meu pai». «Cala, neno, cala —replicó el fascista que le había interrogado—. Pronto vas parar de chorar». Le hicieron varios disparos en la cabeza y calló el muchacho sin llanto, mudo, sorprendido en su dolor de niño pobre que va a llevar el remudo a su padre y le encuentra asesinado. Los fascistas pisotearon al niño y la ropa que llevaba, y sobre el cadáver, que enternecía a las

piedras, tendieron el brazo como un puñal seco y gritaron, irritados por el dolor y el color de la sangre inocente: «¡Arriba España! ¡Arriba España!». Me senti herido de rabia. No sé cómo tuve fuerzas para sujetarme en ellas. Cada vez que recuerdo al muchacho... (Domingo muerde una interjección con toda la fuerza de su vida).

MARIA QUIROGA

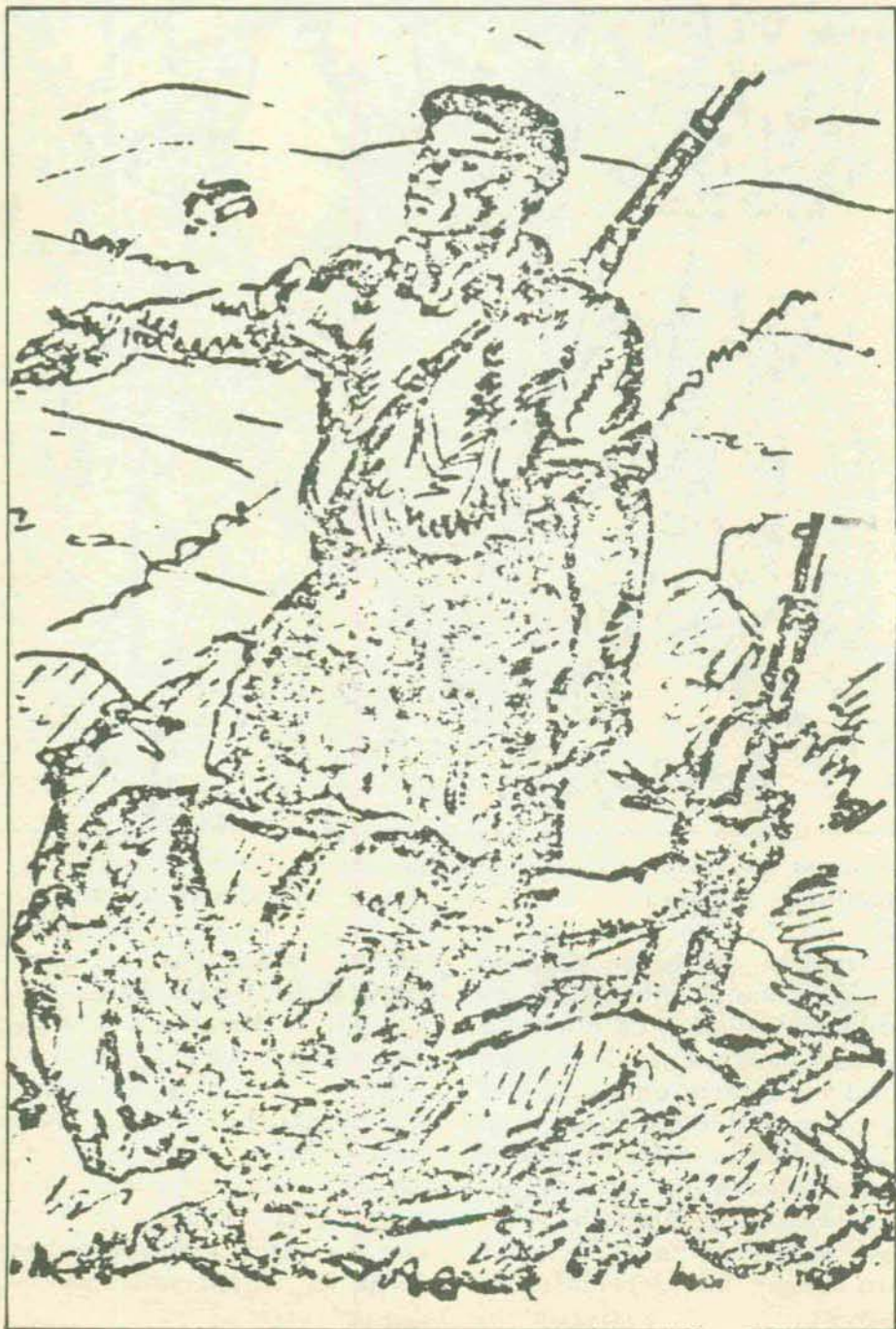
Pedro Quiroga, Eladio Rodríguez, Gerardo Núñez, Benjamín y Florindo... Estos son los nombres de algunos de los guerrilleros más combativos que figuraban en la guerrilla de Mateo. Unos han caído, otros quedan en Galicia, otros se encuentran entre nosotros con una firme voluntad de vencer al fascismo, a la invasión que intenta sojuzgarnos.

María Quiroga, hermana de Pedro, es la única mujer que acompaña a la guerrilla en sus aventuras. No interviene en ellas, pero es quien vela por la limpieza de la ropa de los guerrilleros y quien lava, cocina y zurce. Cuando el tiempo se desarrolla con rigores de lluvia, fríos o calores excesivos, queda oculta en la casa de algún campesino conocido, y, a veces, sola en las breñas. Alguna vez quedaba al cuidado del guerrillero que, en los largos recorrido y las expuestas labores de la guerrilla, salía herido o lastimado.

—¡Qué mujer más fuerte y más decidida! Ni un caballo como ella —elogia Domingo—. Cuando pudimos entrar en Asturias, lo hicimos atravesando muchas asperezas y calamidades, y ella no desfalleció nunca.

JUSTICIA POPULAR

Los crímenes que veían come-



ter Mateo y sus compañeros a los fascistas, crímenes cometidos a diario, numerosamente, en los mejores hijos de Galicia, eran vengados por los guerrilleros, que buscaban y hallaban ocasión de tomar venganza en los jefes provocadores y propagadores de los innumerables asesinatos.

Domingo describe la bajeza humana de uno de los repugnantes cabecillas, al cual consiguieron cazar y eliminar. Era un campesino enriquecido, entregado a la pasión de acumular dinero. Traicionaba su origen pobre, erigiéndose en uno de los primeros lacayos del capitalismo de una de las provincias gallegas. Desde el principio del movimiento empleaba sus actividades en perseguir, delatar y provocar la muerte o el encarcelamiento de los vecinos pobres que no secundaban sus intenciones y artes. Este individuo, en una de sus muchas correrías con trazos ridículamente detectivescos, halló unas mantas que los guerrilleros tenían ocultas en el monte. Bajó con ellas al cuartel de la Guardia Civil, y alrededor de las mantas inventó una historia que le acusaba de valiente: según él, había conquistado las mantas en las mismas manos de los guerrilleros, a los cuales, según su mentirosa historia, había hecho correr monte arriba a chinazos. Enterados los guerrilleros de la cuestión, fueron una noche a sacarle las mantas de la casa del [sic] bajo detective. En la plaza del pueblo advirtieron pisadas, y murmuraron ¡alto! de modo que sólo quienes se acercaban pudieron oírlo. Pero el ruido de un gatillo levantado rápidamente les advirtió que aquellos no venían dispuestos a detenerse. Hicieron fuego y abandonaron el lugar. Al día siguiente supieron que el individuo que les hurtara las



mantas amaneció muerto en medio de la plaza.

En un Ayuntamiento de la provincia de León, dictaba órdenes sangrientas el alcaidillo del mismo. La guerrilla tuvo conocimiento de la maldad y se internó en los montes próximos al lugar donde residía el dañino. Y espera que te espera, hasta que le cogieron. Enterados los guerrilleros de que el alcalde había de hacer un viaje en determinada dirección, se pusieron al

acecho cerca del camino por donde forzosamente había de transitar. Venía el tal entre varios falangistas cumplidores de sus tristes sentencias. Cuando le tuvieron a tiro, hicieron fuego sobre él, los otros huyeron, y el alcalde pretendía escapar herido entre unas peñas. Se le remató, se le arrojó a un río próximo al camino, y la corriente se llevó con [Fin del segundo episodio]

■ M. H. (Ilustraciones tomadas del original)